

Biografías para
juventudes lectoras

Primo Tapia de la Cruz

EL MÁRTIR DEL AGRARISMO EN MICHOACÁN



IRVING REYNOSO JAIME

SECRETARÍA DE CULTURA
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

PRIMO TAPIA DE LA CRUZ

EL MÁRTIR DEL AGRARISMO EN MICHOACÁN



Biografías para
juventudes lectoras



Cultura
Secretaría de Cultura

SECRETARÍA DE CULTURA

Claudia Stella Curiel de Icaza
Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General

PRIMO TAPIA DE LA CRUZ
EL MÁRTIR DEL AGRARISMO EN MICHOACÁN



IRVING REYNOSO JAIME

MÉXICO 2025

Nada pido al mundo.

PRIMO TAPIA

“ME VAN A MATAR”

Tenía una pesadilla que se repetía una y otra vez. Primo Tapia de la Cruz soñaba que unos soldados entraban en su casa, lo sacaban a la fuerza, lo arrastraban por un camino polvoriento y, en la oscuridad del campo, le disparaban sin piedad. Entonces se despertaba sobresaltado, con el cuerpo empapado en sudor, como si acabara de regresar de la muerte. Esta pesadilla se repitió a lo largo de su vida.

A veces, al terminar el trabajo, en momentos de confianza, contaba sus pesadillas a sus amigos. “Me van a matar”, les decía, pero lo compartía con naturalidad, pues de tanto soñarlo parecía que ya lo había aceptado.

Ediciones en formato electrónico:
INEHRM, 2025.

D. R. © Irving Reynoso Jaime, textos.

D. R. © Las imágenes de interiores y portada fueron generadas
por Irving Reynoso Jaime con el modelo GPT-4o de OpenAI.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México,
órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial
o total, directa o indirecta, del contenido de la presente obra, sin contar
previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores,
en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los
tratados internacionales aplicables; la persona que infrinja esta disposición
se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

ISBN: 978-607-549-641-2

HECHO EN MÉXICO





Primo Tapia de la Cruz nació en Michoacán, en un poblado llamado Naranja, en 1885.

Desde joven conoció las injusticias que se cometían en el campo, por ejemplo, que había familias sin tierra, mientras que existían hacendados con enormes propiedades, o que las comunidades indígenas eran marginadas. Pero no se resignó. Organizó a los campesinos, encabezó huelgas, fundó sindicatos y defendió el reparto de tierras. Fue también un migrante que trabajó en Estados Unidos, donde aprendió inglés y convivió con obreros de otros países. Hablaba purépecha, como la gente de su pueblo, pero también leía con atención a los grandes pensadores revolucionarios. Pronto se convirtió en un líder que buscaba luchar por un cambio real.

Los primeros años en Naranja no fueron fáciles. Su infancia estuvo marcada por la violencia familiar y los conflictos en su comunidad. Lo expulsaron del seminario por rebelde, y durante años vagó sin trabajo fijo. Algunos lo consideraban irresponsable, incluso problemático. Pero esa misma rebeldía fue la que, con el tiempo, lo llevó a levantar la voz frente a la injusticia.



Primo Tapia entendía que el problema no era sólo la falta de tierra, sino el abuso, la humillación y el miedo que pesaban sobre su gente. Por eso, cuando volvió a Michoacán, tras años de ausencia, no se conformó con trabajar su parcela, sino que decidió organizarse con otros y cambiar las cosas.

La organización de los campesinos lo puso en la mira de hacendados, militares y autoridades que buscaban frenar cualquier intento de cambio. Aun así, no dejó de recorrer pueblos, de formar comités y de impulsar la creación de ejidos; la hostilidad fue creciendo, pero también la fuerza de quienes lo seguían. Y aunque la pesadilla que lo perseguía terminó cumpliéndose, su nombre quedó grabado en la memoria de los pueblos que lucharon a su lado.

“CON EL DEMONIO DENTRO”

Desde niño, Primo Tapia supo que su vida no sería sencilla. Nació el 9 de junio de 1885 en una comunidad purépecha donde el español se hablaba poco y la vida estaba marcada por la pobreza, el trabajo duro y los conflictos familiares.

Su madre, María Rosario de la Cruz, se había casado primero con un hombre que desapareció sin dejar rastro. Luego se unió con Esteban Tapia, un revendedor de madera que, según los testimonios, era violento, mujeriego y alcohólico. La convivencia en esa casa era complicada. Se decía que la madre protegía a su hija mayor —nacida del primer matrimonio— y que trataba con frialdad a Primo. En el pueblo incluso se murmuraba que tenía un romance con un cura.

Después de años de discusiones y escándalos, los padres de Primo se separaron. Fue entonces



cuando él comenzó a pasar más tiempo con la familia de su madre. Sus tíos maternos, los De la Cruz, lo acogieron en su casa como a uno más. Dormía, comía y jugaba con sus primos, algunos de los cuales más tarde lo acompañarían en la lucha agraria. El más influyente de todos fue su tío Joaquín, antiguo estudiante de leyes, expulsado de la Universidad de San Nicolás por oponerse al porfiriato. Fue él quien le enseñó español y le transmitió sus primeras ideas de justicia.

En 1898, con apenas trece años, Primo ingresó al seminario de Erongarícuaro. La intención era que estudiara leyes, pero el ambiente rígido del lugar pronto se convirtió en un problema. Las clases se impartían en completo silencio y había castigos físicos para quienes no obedecían las normas. Años más tarde, muchos dirían que esa experiencia lo volvió profundamente crítico hacia la Iglesia. Durante el tercer año de seminario, comenzó un romance clandestino con una joven de familia acomodada. En 1903, con sólo 17 años, fue expulsado por conducta inapropiada.

De regreso en Naranja, se convirtió en un joven alegre, impredecible, lleno de carisma y con fama de rebelde. Se le veía por las calles cantando en tarasco con su primo José Moreno. Participaba con entusiasmo en las fiestas del pueblo, aunque su recelo contra la Iglesia era cada vez más evidente. Dormía en el granero de su madre. Para muchos, era un muchacho difícil, imposible de encarrilar. Su madre y sus tías, cansadas de sus andanzas, solían decir con resignación: “ese muchacho lleva el demonio adentro”.

Entre 1904 y 1907, trabajó por temporadas en las haciendas de Zacapú, en la costa michoacana.

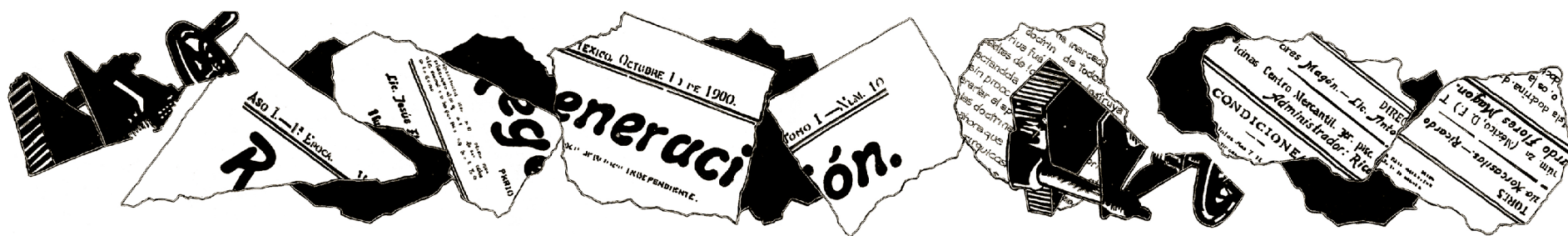


Pero a los 22 años, con un pie en el escándalo y otro en el descontento, dejó Naranja sin despedirse. Como tantos otros jóvenes de su comunidad, partió al norte con la esperanza de encontrar una vida distinta en Estados Unidos.

“NO TE MORTIFIQUES POR MÍ”

En 1911, después de años de silencio, una carta llegó a Naranja con el nombre de Primo Tapia en la esquina. No traía palabras, sólo un cheque de cien dólares. Era la primera señal que su familia recibía desde que había cruzado la frontera hacia Estados Unidos. Durante años no se supo nada de él. En Naranja algunos lo daban por muerto. Pero Primo Tapia estaba vivo, y más activo que nunca.

Había llegado a Los Ángeles en 1907, y ahí comenzó una nueva vida. Conoció a los hermanos Flores Magón, los exiliados mexicanos que luchaban contra la dictadura de Porfirio Díaz. Reunían a obreros, publicaban periódicos clandestinos, soñaban en voz alta con un país más justo. Se decía que Primo dormía en su casa. Asistía a sus reuniones, vendía el periódico *Regeneración* y ayudaba a juntar dinero para la causa. Lo convencieron de inscribirse en una escuela nocturna, lo ayudaron a aprender inglés y le prestaron libros que marcaron su pensamiento: Bakunin, Kropotkin, Marx. Primo leía con atención. Las palabras hablaban de algo que él ya conocía: injusticia, abuso y necesidad; pero ahora también mencionaban organización, rebeldía y esperanza.



En 1912, regresó unos días a Naranja. Visitó a su madre y a sus tías, pero no se quedó. Volvió a Estados Unidos y se unió a los *Trabajadores Industriales del Mundo*, conocidos como los *wobblies*. Era un sindicato distinto: aceptaban a todos los obreros sin importar su idioma, su color o su religión. Creían en un solo gran sindicato para todos. Primo se sintió parte desde el inicio.

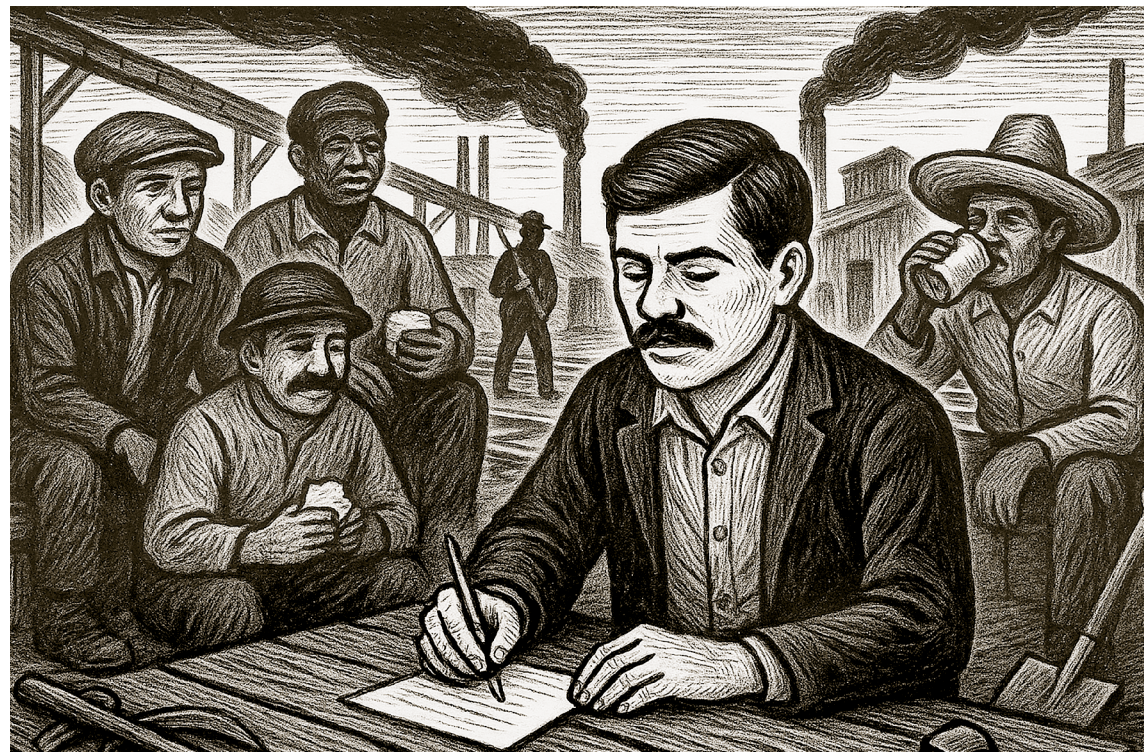
Durante años trabajó en minas, vías de tren, plantaciones de azúcar y obras de construcción. Aprendió a convivir con migrantes de todas partes: italianos, polacos, alemanes, africanos, mexicanos. Su dominio del inglés y su habilidad para escuchar lo convirtieron en un buen organizador. Donde llegaba, hablaba con los obreros, formaba comités, preparaba huelgas.

En 1916 fundó un sindicato en Bayard, Nebraska; en una refinería de azúcar donde trabajaban 500 obreros. Lo acompañaban tres de sus primos —José Moreno, Tomás Cruz y Pedro López— y un paisano de Naranja, Nicolás Maya. Primo hablaba en inglés y en español. Traducía las ideas del sindicato para quienes no entendían bien, explicaba los

derechos que pocos conocían; en las asambleas, se notaba su seguridad. Esa capacidad lo convirtió en un mediador natural y en un dirigente respetado.

Ese mismo año, recibió una carta: su padre había muerto de un derrame cerebral. La noticia venía de su tía Domitila, quien le pedía que regresara; pero Primo no volvió. Agradeció la carta y siguió con su trabajo. Tal vez le dolía, tal vez no; pero no interrumpió lo que estaba haciendo.

En esa época, su madre también le escribía. Había oído que los *wobblies* eran perseguidos, que muchos estaban siendo encarcelados o asesinados.



Primo le respondía con una frase que repetía sin dramatismo: “No te mortifiques por mí”.

Después de la Revolución Mexicana, muchos jóvenes de Naranja también habían migrado al norte. Primo los fue encontrando uno a uno. Se reencontró con su primo José Moreno y restableció contacto con su tío Joaquín. Pero no se entusiasmaba con los caudillos de la Revolución. Desconfiaba de los generales. Su lealtad estaba con los obreros y con los exiliados que no buscaban poder, sino justicia.

En 1918, influido por lo que pasaba en Rusia, comenzó a simpatizar con las ideas comunistas, pero sin abandonar el sindicalismo. Su militancia y sus convicciones se hicieron más fuertes.

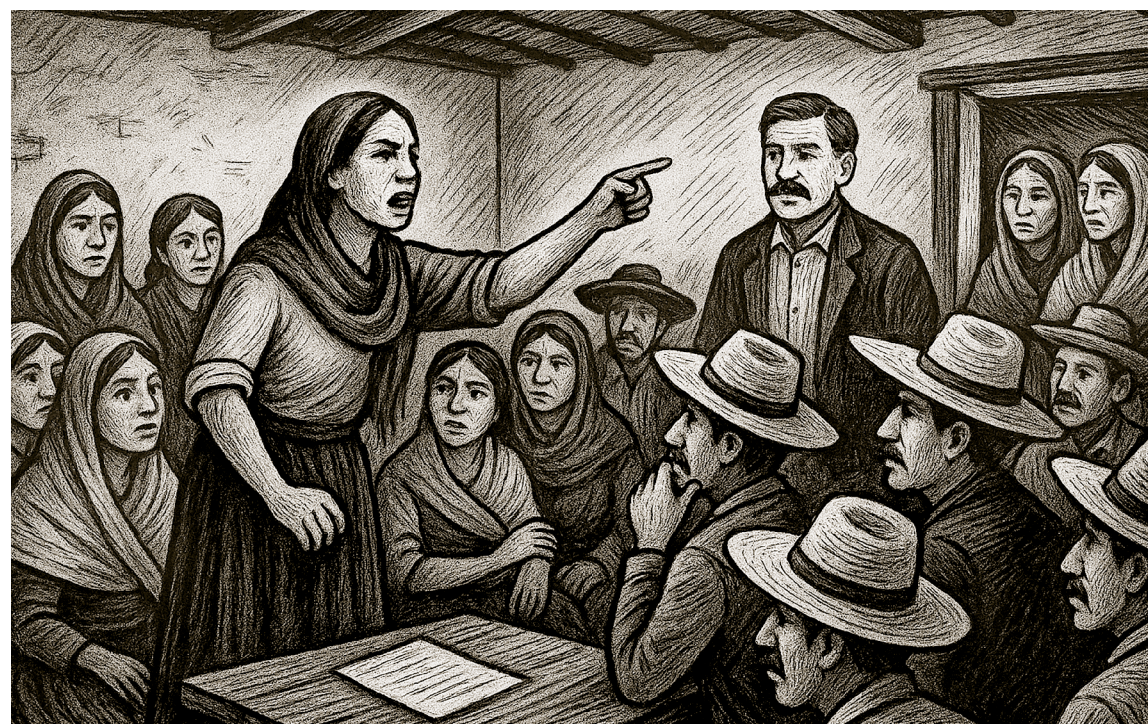
Pero los tiempos se volvieron peligrosos. A partir de 1917 la persecución contra los *wobblies* se intensificó. A principios de 1920, el sindicato que Primo había formado convocó a una huelga por mejores salarios. Sólo la mitad de los obreros mexicanos respondió. La empresa anuló la protesta sin violencia. Fue una derrota silenciosa; y Tapia no insistió. Supo

que era momento de partir: viajó a El Paso, Texas, y, desde ahí, meses después, cruzó la frontera.

Más de una década después, regresaba a su pueblo. La Revolución había dado paso a nuevos gobiernos, pero la tierra seguía en manos de los de siempre. Tapia volvía con otra idea de justicia, con otras palabras, con otras herramientas. Y no pensaba quedarse quieto.

LA TIERRA NO SE ENTREGA SOLA

Primo Tapia volvió a Naranja a finales de 1920. Tenía 35 años y la experiencia de haber conocido



otras realidades. Lo que había aprendido en las minas, los campos, las asambleas y las huelgas de Estados Unidos no era teoría: era práctica. Y venía decidido a ponerla en marcha.

No tardó en comenzar. Su primer objetivo fue claro: organizar la lucha agraria en su comunidad. Se apoyó en el cabildo de Naranja y en el Comité de Mejoras Materiales para enfrentar el hostigamiento constante de los hacendados, que contaban con la protección de militares, el clero y las guardias blancas. Reunió a los compañeros que habían trabajado con él en el norte y a otro grupo de agraristas encabezados por su tío Joaquín de la Cruz. Ahí estaban Eleuterio Serrato, Gabino León, Salvador Espinoza, Federico Orobio, José Moreno y Pedro López, todos de Naranja, junto con los hermanos Severo y Félix Mendoza, del cercano pueblo de Tiríndaro.

Sabía que la organización debía ir más allá de las costumbres del pueblo. Por eso, en 1920, impulsó la creación de una Liga Femenil en Naranja; fue la primera en su tipo en todo el estado. Primo Tapia no hablaba con rodeos: llamaba a las mujeres “las

esclavas de los esclavos” y quería que fueran parte activa de la lucha. Desafiaba así no sólo al poder de los hacendados, sino también a las tradiciones que relegaban a las mujeres al silencio.

En enero de 1921, representantes de los pueblos de Naranja, Tarejero y Tiríndaro se reunieron para fundar el primer Sindicato de Comunidades Agrarias. Su objetivo era ambicioso: luchar por la posesión colectiva de la tierra en forma de ejidos y mejorar las condiciones económicas y sociales de los campesinos. Los asistentes eligieron a Primo Tapia como su dirigente. Meses después, también sería nombrado presidente de la Federación de Sindicatos Obreros y Campesinos. Su liderazgo ya no se limitaba a Naranja. Había nacido un referente para los movimientos agrarios de Michoacán.

La situación política también parecía favorable. Francisco J. Múgica, el nuevo gobernador de Michoacán, compartía muchas de las ideas de los agraristas. Múgica había sido revolucionario, constitucionalista, gobernador militar de Tabasco y uno de los redactores de la Constitución de 1917. Ahora, como gobernador postulado por el

Partido Socialista Michoacano, impulsaba una política radical: decretó que la mitad del presupuesto se destinara a la educación, ordenó que los salarios de los maestros se pagaran antes que cualquier otra nómina del gobierno y abrió oficinas especiales para atender las demandas campesinas. En las instalaciones del exconvento de la Visitación, fundó una escuela-granja. Y lo más importante: selló una alianza con las organizaciones agraristas para avanzar en la restitución de las tierras.

Primo Tapia se convirtió en una figura clave en esa alianza, pero sus objetivos se toparon con muchos obstáculos. El gobernador Múgica tenía enemigos poderosos tanto en Michoacán como en la capital del país. Uno de ellos era Pascual Ortiz Rubio, también michoacano y secretario de Comunicaciones en el gobierno del presidente Obregón. A sus intrigas se sumaron las presiones de los hacendados y los militares con ambiciones políticas.

En 1922, estallaron rebeliones cristeras en varias regiones del estado. Acusaban a Múgica de ser enemigo de la Iglesia. Los terratenientes aprovecharon la oportunidad: reclutaron y financiaron guardias

blancas con la complicidad del general Alfredo C. García, jefe de Operaciones Militares en el estado, y de su superior, el divisionario Enrique Estrada. La amenaza de un levantamiento armado era real. El presidente Obregón, presionado por la situación y por los opositores de Múgica en la Ciudad de México, ordenó su salida del gobierno.

En marzo de 1922, el Congreso designó como gobernador interino a Sidronio Sánchez Pineda; pero el nuevo mandatario abandonó la política agraria de su antecesor, y la alianza se rompió. Primo Tapia y su compañero Apolinar Martínez fueron despedidos de los modestos empleos públicos que desempeñaban: Tapia en el rastro municipal de Morelia, Martínez como escribano del registro civil. No eran cargos de poder, pero con sus sueldos ayudaban a compañeros agraristas en trámites legales, gastos colectivos y campañas de organización. Su despido fue un golpe directo a las bases.

Primo Tapia comprendió entonces algo esencial: si la lucha agraria quería sobrevivir, no podía depender de la buena voluntad de ningún gobierno. La organización debía ser independiente. Con el

mismo rigor con que había levantado sindicatos en tierras extranjeras, comenzó a construir una fuerza campesina que no pidiera permiso para existir.

TIERRA, LIBERTAD... Y SOSPECHAS

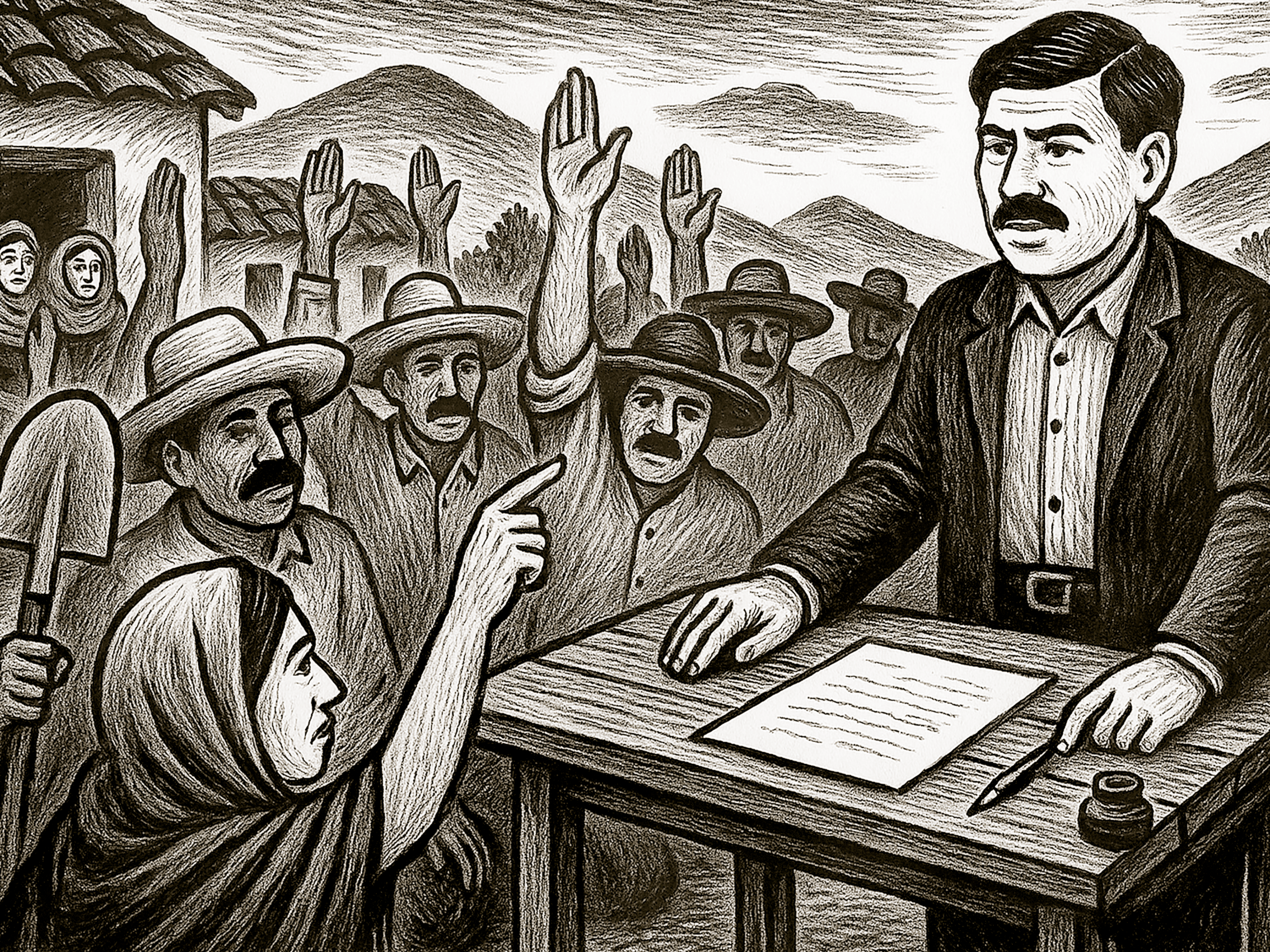
A fines de 1922, cuando el clima político en Michoacán era incierto y muchos se sentían traicionados por el nuevo gobernador, Primo Tapia no se cruzó de brazos. En lugar de desanimarse, organizó un congreso con delegados campesinos de todo el estado. La reunión se celebró en el salón de actos de la Federación de Sindicatos Obreros y Campesinos, en Morelia, y asistieron casi 200 representantes de comunidades indígenas y agrarias. Ahí, bajo techos humildes pero con discursos firmes, nació la Liga de Comunidades y Sindicatos Agraristas del Estado de Michoacán. Fue la primera de su tipo en todo el país.

Primo Tapia fue nombrado presidente. Junto a él, otros compañeros de lucha ocuparon cargos clave: Apolinar Martínez, Justino Chávez y Jesús Gutiérrez. Todos compartían una misma consigna: “Tierra, Libertad y Trabajo”. La Liga no sólo

buscaba repartir tierras, quería hacerlo de manera colectiva, organizada y sin depender de la voluntad de ningún político. Era un paso más en el camino de Tapia: pasar de la protesta a la construcción de una alternativa.

Ese mismo espíritu lo llevó, pocos meses después, a acercarse a otra organización en crecimiento: el Partido Comunista de México. En junio de 1923, fue uno de los asistentes a la fundación de la célula comunista en Morelia. Lo nombraron secretario de propaganda. Su primer acto fue publicar un manifiesto dirigido a los trabajadores. En él explicaba que el reparto de tierras no bastaba: había que ir más allá, luchar contra la explotación, entender cómo operaban los grandes comerciantes que se aprovechaban de los campesinos y evitar que las parcelas se convirtieran en una trampa que dividiera a la comunidad.

La influencia de Tapia en el movimiento agrarista crecía. Ya no era sólo un organizador o un líder carismático, también se convertía en un ideólogo, alguien capaz de conectar la experiencia campesina con ideas más amplias sobre justicia social.

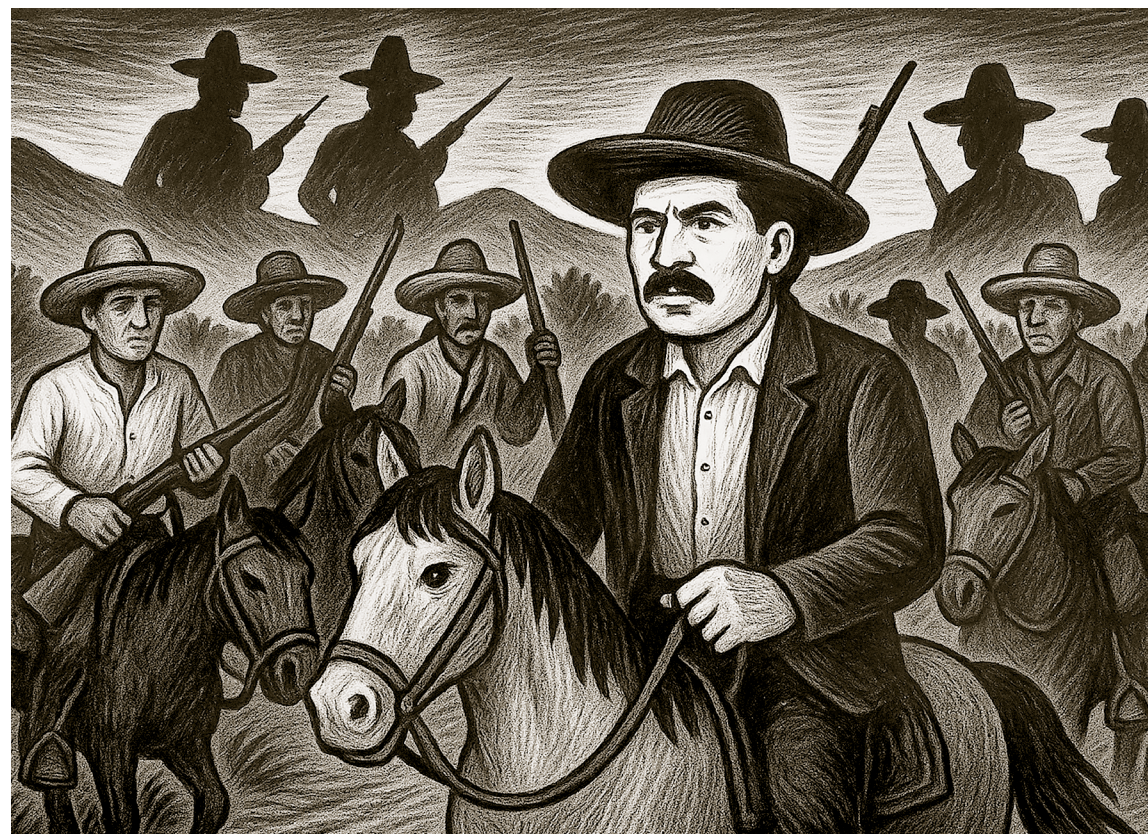


Pero esa misma fuerza lo puso en la mira de muchos.

A finales de 1923 estalló una nueva rebelión. Esta vez fue encabezada por Adolfo de la Huerta, antiguo aliado del presidente Obregón. En Michoacán, el levantamiento fue apoyado por el general Enrique Estrada, quien años antes había sido uno de los responsables de la caída del gobernador Múgica. Del otro lado estaba el gobernador interino Sidronio Sánchez, fiel a Obregón, pero también conocido por perseguir a los agraristas. Para Tapia, ninguno de los dos bandos ofrecía garantías. Era como tener que elegir entre dos enemigos.

Buscando una salida más clara, Tapia viajó a la Ciudad de México: quería hablar con el Comité Central del Partido Comunista, pero no logró encontrarlos; entonces pidió una audiencia con el secretario de Gobernación, el general Plutarco Elías Calles. La reunión fue breve, pero decisiva. Calles le pidió que organizara batallones campesinos para defender Michoacán de los rebeldes y le prometió apoyo financiero a través de la oficina de Hacienda en Morelia.

Pero cuando Tapia regresó a la capital del estado, los delahuertistas ya habían tomado el control. Entrar a las oficinas del gobierno era peligroso: lo habrían identificado de inmediato. En vez de seguir las órdenes de Calles al pie de la letra, decidió actuar por su cuenta. Consiguió un salvoconducto de las fuerzas rebeldes, salió de la ciudad con un pequeño contingente armado y caballos, y se dirigió al campo, donde usó ese equipo para enfrentar a las guardias blancas que seguían hostigando a los campesinos.



Lo que para él era una jugada estratégica, para sus enemigos fue la oportunidad perfecta. Comenzaron a circular rumores de que Tapia había desobedecido a Calles, que se había unido a los rebeldes y que no era de fiar. Aunque nunca se presentó con los delahuertistas, y aunque sus acciones favorecieron a los campesinos, la duda ya estaba sembrada.

La rebelión fue derrotada en poco tiempo. Pero el precio fue alto. Primo Tapia, que hasta entonces había construido una trayectoria de coherencia, comenzaba a ser visto con recelo por el gobierno federal. A la persecución local se sumó ahora la desconfianza desde arriba. Tapia, firme en sus convicciones, sabía que la lucha iba a hacerse cada vez más difícil; pero no pensaba retroceder.

Los años por venir serían más duros; sin embargo, entre la sospecha y la traición, entre la tierra prometida y las armas que se cruzaban en el camino, Tapia mantenía lo esencial: la confianza de su gente. Y eso, al menos por el momento, seguía siendo su mayor fuerza.

“SOMOS SEÑORES DE TERRENOS”

En 1923, Primo Tapia viajó a la Ciudad de México para participar en el Primer Congreso Nacional Agrario. No fue como espectador, sino como representante de la Liga de Comunidades Agrarias de Michoacán. En su intervención presentó una propuesta que cuestionaba de raíz la ley agraria vigente. Planteaba que los ejidos no sólo debían entregarse, sino también apoyarse con financiamiento y organizarse de forma colectiva. Ahí conoció a otros líderes campesinos como Úrsulo Galván, de Veracruz, y Guadalupe Rodríguez Favela, de Durango. Por primera vez, se vislumbraba la posibilidad de crear una gran organización campesina a nivel nacional.

De regreso en Michoacán, los esfuerzos de la Liga dieron frutos. En marzo de 1924, las comunidades de Naranja, Tiríndaro y Tarejero obtuvieron por fin la posesión legal de sus ejidos. Para Naranja —el pueblo de Tapia— fue una victoria enorme: 716 hectáreas que antes pertenecían a grandes

haciendas pasaron a manos de la comunidad. “Somos señores de terrenos”, escribió entusiasmado en una carta. Ese momento marcó un antes y un después.

Pero el avance campesino también agravó las tensiones. En noviembre, durante el segundo congreso de la Liga de Comunidades Agrarias de Michoacán, la violencia contra los agraristas fue uno de los temas centrales, incluso se hizo un pase de lista simbólico con los nombres de los compañeros asesinados.

El problema era cada vez más visible: por cada tierra recuperada, aparecían nuevas agresiones. La mayoría de los casos no eran disputas legales, sino asesinatos, amenazas y desapariciones. Las guardias blancas, al servicio de los hacendados, actuaban con impunidad. La familia Noriega, dueña del latifundio de Cantabria, estaba detrás de varios crímenes. Y el gobierno de Calles, lejos de frenar estos abusos, los toleraba e incluso los protegía.

En 1925, Primo Tapia dio un paso más. En noviembre, firmó un manifiesto acusando al presidente Calles de encubrir a los terratenientes y

exigía justicia. Fue un documento valiente, claro y desafiante; muchos lo recordaron como el “Manifiesto Vibrante”, pero también fue una declaración de guerra.

A partir de entonces, Tapia se convirtió en objetivo. Calles entendió que el movimiento agrarista michoacano no era sólo local: era autónomo, tenía vínculos con otras ligas del país y hablaba con voz propia. Y Tapia era su rostro más visible.

Sin embargo, él no se dejaba intimidar. Seguiría luchando por la tierra aunque, lo sabía, podía costarle la vida.

“NADA PIDO AL MUNDO”

Durante los primeros meses de 1926, Primo Tapia parecía estar recogiendo los frutos de su lucha. En el ejido de Naranja, coordinaba la construcción de caminos, canales, una granja de aves, una tienda cooperativa y una escuela primaria que funcionaba en la antigua casa parroquial. Las mujeres de la Liga Femenil —que él mismo había impulsado años antes— eran parte fundamental de todo



aquello. Por primera vez en mucho tiempo, la migración hacia el norte disminuía. El pueblo estaba cambiando.

Pero esa transformación también tenía un costo. Las enemistades se acumulaban. En abril, un grupo de enemigos encabezados por miembros de la familia Noriega, un antiguo oficial cercano a Calles y diputado local, se reunió con el presidente en una hacienda cercana a Morelia. Ahí acusaron a Primo Tapia de provocar disturbios y crímenes en Tarejero. La respuesta fue inmediata.

El 25 de abril, cerca de 100 soldados al mando del capitán Ángel Tejeda llegaron a Naranja. Lo arrestaron sin presentar orden judicial, bajo cargos vagos de sedición. No era la primera vez: ya había escapado de arrestos anteriores, incluso una vez saltando un muro de adobe. Pero esta vez fue diferente. Tapia no intentó huir. Algunos dicen que confiaba en recibir una contraorden desde el gobierno. Otros creen que no quiso poner en peligro a la gente de Naranja. Lo cierto es que se entregó sin resistencia.

Lo llevaron primero a Tiríndaro, junto con otros compañeros detenidos. En el camino, cuan-

do se detuvieron en la hacienda El Cortijo, tres agraristas —Jesús Ciprés, Enrique León y Francisco Luna— llegaron con un amparo judicial para frenar la detención. El capitán Tejeda lo rechazó de inmediato. “Sólo obedezco órdenes”, dijo.

Esa noche, en Coeneo, los soldados intentaron fusilar a Tapia en el cementerio; pero un grupo de mujeres del pueblo, furiosas, lo impidieron a gritos e insultos. Fue entonces que decidieron separarlo de los demás detenidos. Le ataron las manos, lo subieron a un caballo y se lo llevaron solo, rumbo a la sierra. Nadie lo volvió a ver con vida.





Algunos relatos dicen que lo llevaron a un paraje llamado El Chirimoyo. Ahí lo torturaron con bayonetas antes de dispararle en la madrugada del 27 de abril de 1926. Así terminó la vida del líder agrarista que tantas veces había soñado con su propia ejecución. La pesadilla que se repetía una y otra vez —la que contaba entre amigos como si ya estuviera escrita— finalmente se cumplió.

El asesinato de Primo Tapia dejó una herida profunda. Su muerte fue una señal para los terratenientes: podían actuar con violencia, sabiendo que el gobierno los respaldaba. Las guardias blancas intensificaron sus ataques. El movimiento agrario de Michoacán, sin su principal líder, se fragmentó. Algunos dirigentes fueron perseguidos; otros, cooptados por las organizaciones oficiales.

El periódico *El Machete*, vocero de los comunistas, publicó la noticia semanas después, con rabia y dolor. Acusaban directamente al presidente Plutarco Elías Calles de haber ordenado el asesinato. Un telegrama filtrado lo señalaba: el general Juan Espinosa y Córdova le había informado al presidente que, siguiendo sus órdenes verbales, Tapia

había sido perseguido y “muerto en resistencia”, aunque no existía prueba alguna de esa supuesta confrontación.

En realidad, no hubo juicio ni defensa ni pruebas. Fue una ejecución. Un crimen de Estado.

A pesar de todo, la idea de Tapia no murió con él. En noviembre de ese mismo año, apenas siete meses después, se fundó la Liga Nacional Campesina. Fue obra de sus compañeros de lucha, Úrsulo Galván y José Guadalupe Rodríguez, quienes retomaron su sueño de una organización agraria nacional, autónoma y fuerte.

En su última carta conocida, escrita pocos meses antes de su muerte, Primo Tapia decía con sencillez: “Está cumplida mi ambición, nada pido al mundo”. Había logrado ver la tierra volver a manos de su pueblo. Sabía que el precio era alto. Y aun así, nunca se detuvo.

EPÍLOGO

Primo Tapia no fue un personaje de museo ni un héroe de los libros de texto. Su historia ayuda a entender



cómo se luchaba en México cuando la Revolución ya había terminado en los papeles, pero no en las demandas de la gente. No es necesario convertirlo en una estatua. Fue un líder de carne y hueso, con aciertos y errores, que entregó la vida por sus ideales y supo mantener abiertas las preguntas más universales de la humanidad: ¿quién decide cómo se vive?, y sobre todo: ¿para quién es la tierra?





PRIMO TAPIA DE LA CRUZ

EL MÁRTIR DEL AGRARISMO EN MICHOACÁN

IRVING REYNOSO JAIME

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó en la Ciudad de México
en diciembre de 2025.

Primo Tapia no fue un personaje de museo ni un héroe de libros de texto, fue un líder de carne y hueso que entregó la vida por sus ideales: la lucha por la tierra.

Nació en Michoacán, en un poblado llamado Naranja, en 1885. Desde joven conoció las injusticias que se cometían en el campo, por ejemplo, que había familias sin tierra, mientras que existían hacendados con enormes propiedades, o que las comunidades indígenas eran marginadas. Organizó a los campesinos, encabezó huelgas, fundó sindicatos y defendió el reparto de tierras. Fue también un migrante que trabajó en Estados Unidos. Leía con atención a los grandes pensadores revolucionarios y pronto se convirtió en un líder que buscaba luchar por un cambio real.



Cultura
Secretaría de Cultura



Instituto Nacional de
Estudios Históricos de las
Revoluciones de México